

## Apunte histórico

# Los de la isla de Cabrera



Hemos estado leyendo una obra, de un francés, Geoffroy de Grandmaison, sobre "España y Napoleón", de 1804 a 1809. Su lectura es siempre de actualidad en España y más aún actualmente.

Dejamos para otra ocasión el comentar la conducta de la casa real borbónica de entonces para con Napoleón y las abyecciones a que llegó aquella. Sobre todo Fernando VII, el que decía solicitar "de rodillas" la protección del emperador improvisado, le llamaba "el más tierno padre", se regocijaba con la victoria de Friedland, y en Bayona quiso echarse a abrazar al corso. Dejemos eso, y no sin asco, y vengamos a la actitud del pueblo español, de aquel pobre pueblo que llegó a llamar el deseado a aquel modelo de abyecciones.

Napoleón había arreglado en Tilsit, con Alejandro de Rusia, cuanto se refería a una especie de reparto de Europa y a la guerra a los ingleses. ¿Fue un tratado internacional? No, sino un tratado interimperial. Los pueblos no entraban para nada en tales tratados; con los pueblos no se contaba. Y así no se contó con el pueblo español. Napoleón creía que le bastaba contar con las potencias entonces poderosas, Rusia y Austria, y por lo que hacía a España, entenderse, como con sultanes mediatizados, con pobres sultanes marroquíes, con los desdichados Borbones del reino de España en 1808.

No contó Napoleón con el pueblo español, y resultó que en España había entonces pueblo. Y le declaró la guerra. "Esta desgraciada guerra me ha perdido—decía en Santa Elena—; ha dividido mis fuerzas, destruído mi moralidad en Europa...; creí necesario, muy de ligero, cambiar de dinastía... Los españoles en masa se condujeron como gentes de honor..."

Esto de que los españoles, los "rebeldes" españoles, se hubieran condu-

cido como gentes de honor, lo dijo Napoleón cuando estaba enjaulado en Santa Elena, vencido, pero durante la guerra de la independencia española trató a los españoles de "infame camalla fanfarrona" de "beduinos del desierto", a los aldeanos de "felas del Egipto", a los oficiales de "ignorantes grasientos", etc. ¿Y por qué? ¡Ah! Porque no le dejaban libres los caminos. Los españoles de 1808 se empeñaban en no dejar libres los caminos a las legiones napoleónicas para que nos trajeran la civilización revolucionaria e imperial.

Aquellos españoles eran unos rebeldes, unos cabileños irreductibles que no se atenían a la abdicación que de sus derechos al trono de España habían hecho los Borbones, que no querían respetar tratados, que se obstinaban en no ser protegidos por el imperio napoleónico! Al hermano de éste, al rey José, se empeñaron en llamarle intruso. Y como no quisieron los muy rebeldes rendirse a la acción política, civil, de los agentes de Napoleón, tuvieron que soportar su acción militar. Contra la que desplegaron una guerra popular y de guerrillas propia de beduinos del desierto. Por donde quiera surgieron cabecillas que levantaron harcas.

Y no cabe dudar—lo decimos sin sombra de doblez irónica—que venían a civilizarnos. Pero nuestros abuelos no querían ser civilizados de aquel modo. Ni aun los afrancesados, ni aun los que de la cultura francesa aprendieron el sentido de la libertad.

En la batalla de Bailén tuvo que capitular el general francés Dupont y rendir más de 17.000 prisioneros. Según la capitulación, firmada por los generales Castaños, conde de Zilly y D. Ventura Escalante, por parte de los españoles, esos prisioneros debieron ser conducidos a San Lucar, y de allí, en barcos con tripulación española, al puerto de Rochefort. Pero no fué así. En el puerto de Santa María

la plebe, excitada contra los franchutes, se ensañó con los prisioneros a tal punto, que tuvieron que defender los soldados españoles. Para unos centenares, que tras de sus generales fueron expedidos a Tolón y a Marsella, los demás, amontonados en los pontones de Cádiz, fueron a parar más tarde al trágico encierro en la isla de Cabrera, que ha narrado Miguel Santos Oliver.

¡Pobres prisioneros aquellos de la capitulación de Bailén! ¿Y qué podía haber hecho entonces en su favor la

Francia napoleónica, la que consideraba a nuestros abuelos como unos rebeldes refractarios a la civilización, hordas semisalvajes fanatizadas por los frailes? "Maniqués de fraile", se les llama a Palafox y Floridablanca en los boletines napoleónicos. Nuestras guerrillas ni siquiera tenían la consideración de beligerantes. Y ya se sabe: la guerra es la guerra.

Los fusilamientos del Retiro, después de lo del 2 de mayo de 1808, fueron un "castigo". Pues qué, ¿se iba a quedar así el honor imperial napoleónico sin infligir un castigo a los que no respetaban ni sus tratados con las potencias ni la abdicación de los Borbones? No; no se podía consentir que un pueblo fanatizado e ignorante se empeñara en que no se le civilizase por la fuerza, en que no se le protegiese imperialmente. Fué después, estando ya caído, cuando Napoleón reconoció que se habían conducido como gentes de honor los que en un momento de frenesí patriótico confinaron en la isla de Cabrera a los rendidos de Bailén. ¡Si antes les hubiera reconocido como tales!

MIGUEL DE UNAMUNO